

# 65 velas para Neruda

Por Tito Mundt.



**I**SLA NEGRA no es una isla. No es un trozo de tierra rodeado de agua por todas partes como dice el diccionario.

Es un desgarrón de la costa chilena en que habita un poeta conocido en todo el mundo. Frente a las olas, desafiando al viento, chorreando melancólicamente cuando cae la fresca caricia de la lluvia, se alza una casa solitaria que a ratos parece un castillo fantasma o una construcción de la Edad Media.

Unos caminos enarenados y aventureros conducen hasta el enorme portón y por ellos llegan corresponsales extranjeros, escritores famosos, líderes políticos, novelistas imberbes, poetas que comienzan, pintores, escultores, músicos, snobs, etc.

Dentro de la casa hay una enorme ventana detrás de cuyos cristales late continuamente el mar.

No hay mar más chileno; más violento y desatado; que ese mar que le ha tocado en suerte a la casa del poeta. Lanza

al galope sus mejores oleajes y sostiene en el viento las más delicadas gaviotas para darle un tono perpetuamente marino a la silenciosa construcción en que habita el hombre que todos los días escribe unos versos con tinta verde. El mismo que camina del brazo de su mujer por las dunas a ver cómo agoniza el sol guillotinado sobre alguna nube lejana a la hora del atardecer.

Allí vive Pablo Neruda. El mismo Neruda que esta semana apagará las velas de la clásica torta celebrando sus 65 años de "residencia en la tierra", como reza el título del más famoso de sus libros.

Yo estoy seguro que en el momento que Pablo, con su cara de abad sin sotana, sople como lo hacen los dioses marinos sobre los débiles barcos, sentirá que una sonrisa triste y desengañada se le dibuja entre los labios.

Porque ese día, sosteniendo una copa del más nocturno de los vinos, estarán junto a él, el estudiante de Temuco,

el muchacho de la capa española y del chambergo, el autor de los primeros versos, el cónsul en Java, el habitante de la casa "llamada de las flores" en el ardiente Madrid de la guerra civil, el enamorado de las polvorientas piedras aztecas, el coleccionista de botellas, caracolas, conchas, retratos antiguos, mascarones de proa, viejos sables, afiches descoloridos, etc.

En otras palabras, aparte de los invitados que seguramente serán más de 200 (incluyéndome a mí en primera fila), habrá tantos Nerudas distintos que a lo mejor no caben dentro de la casita de Isla Negra y hay que alojarlos en un hotel vecino.

Porque las 65 velitas serán una cita entre el poeta y los diversos personajes que ha interpretado en su vida.

Y si se pone muy triste y le faltan fuerzas para apagar las simbólicas y vacilantes llamas, el viento de Isla Negra se colará por alguna hendidura y lo ayudará en su melancólica tarea.